

La muerte de Pedro Mateu, fallecido el 14 de noviembre próximo pasado en la pequeña localidad de Cordes (Tarn), hace revivir en nuestro recuerdo las diversas etapas de un pasado que marcaron fuertemente los primeros años de nuestra juventud.

Pedro Mateu, en unión de Ramón Casanellas y de Luis Nicolau, fue uno de los ejecutores del presidente del Consejo de Ministros, don Eduardo Dato, en el año 1921, en una de las más terribles épocas vividas por la CNT y el Movimiento Libertario en Cataluña y en toda España.

En aquellos días, Madrid, siempre capital administrativa, era el centro del poder, pero no tenía la personalidad obrera que hoy ha adquirido, a causa de haberse desarrollado en ella diferentes industrias. Hoy hay en Madrid un proletariado mucho más numeroso del que había en los años 20.

No por ello la capital quedó exenta de los zarpazos del terror contra las izquierdas y, sobre todo, contra la CNT.

Las izquierdas de la época eran los socialistas, la UGT, Izquierda Republicana, Esquerra de Cataluña y el Partido Federal, hoy inexistente, pero que en aquellos tiempos se honraba con figuras como la de Francisco Layret, asesinado por los pistoleros al servicio de la patronal, por ser abogado defensor de los presos de la CNT. Estas izquierdas no sufrieron la represión que se abatió contra nosotros porque no tenían el poder de movilización que nuestra central poseía en aquellos días y porque su línea política no tenía la agresividad combativa de la nuestra ni ponía en peligro los intereses del capitalismo y del Estado. Sin embargo, hombres de estas fuerzas políticas tuvieron que enfrentarse con los asesinos a sueldo. Por ejemplo, el abogado de republicano Serrano Batanero, al que hirieron gravemente, e Indalecio Prieto, que, después de una intervención en las Cortes, denunciando los crímenes del llamado Sindicato Libre, fue agredido por Leguía Lliteras y Ramón Sales, batiéndose con ellos y rodando los tres por las escaleras de la Cámara de Diputados.

Mateu, Casanellas y Nicolau no hubieran tampoco podido llevar a bien el atentado contra Dato, si no hubiesen contado con el apoyo y la solidaridad de los compañeros madrileños.

Hemos explicado, en otro artículo, refiriéndonos a Pedro Mateu, las circunstancias que rodearon la decisión de los grupos de defensa de ciertos sindicatos de Barcelona, entre ellos el de la Metalurgia, al que pertenecían los tres protagonistas, de hacer justicia, en la persona de Dato, de todo lo que eran la serie de asesinatos de compañeros muertos a tiros al salir de las Comisarías por las bandas de pistoleros a sueldo de la patronal, cuyo presidente era, en aquellos días, el tristemente célebre Graupera, apoyado por los Miró y Trepat, los López y otros magnates de la industria catalana, así como por los potentados que poseían las famosas colonias fabriles de la montaña catalana, como el conde de Güell, entre otros.

Cuando se abrió el proceso contra Mateu y Nicolau, detenido en Alemania, y cuya extradición el Gobierno socialdemócrata de aquel tiempo concedió, pese a que se trataba de un acto político, con la condición, sin embargo, de que no fuese ejecutado el prisionero, en el banquillo de los acusa-

Madrid y el atentado contra Eduardo Dato

dos se sentaron, además de Nicolau y de Mateu, Tomás de la Llave, Mauro Bajatierra y algún otro compañero cuyo nombre no recuerdo.

El proceso por el atentado contra Dato no se vio hasta dos años después del hecho. En la cárcel, junto con Pedro Mateu, había los compañeros que en Madrid se habían visto envueltos en las responsabilidades por el atentado.

Es evidente que, solos, Mateu, Nicolau y Casanellas no hubieran podido llevar a bien su empeño. Y menos aún conseguir fugarse.

Casanellas, el más afortunado, logró salir de España y llegar hasta la Unión Soviética, de donde volvió, al proclamarse la II República, pero habiendo dejado de ser anarquista.

En cuanto a Nicolau, consiguió huir de Madrid, primero, de España, después, gracias a la cadena de solidaridad que se estableció para conseguir la evasión de Luis y de Lucía, su compañera. He conocido al grupo de abnegados compañeros que, en Rojas y en La Escala, les facilitaron el paso clandestino de frontera.

Mateu cayó por una imprudencia, intentando recuperar una gabardina que había dejado en la pensión donde vivieron los días precisos para organizar el atentado. Esa pensión, localizada por la Policía, sirvió de ratonera, en la que cayó Pedro.

La emoción producida en toda España por este atentado, que se justificaba en las características de ferocidad que había adquirido la represión contra los hombres de la CNT, es imposible de concebirse hoy. Las figuras de los acusados fueron descritas y comentadas por la prensa. Los autores materiales, Mateu y Nicolau —éste entregado a España por la autoridades alemanas, a pesar de la campaña internacional que se hizo haciendo resaltar el carácter político del hecho—, eran dos obreros irreprochables por su conducta y su ejecutoria. En cuanto a los acusados de complicidad en Madrid, entre los que recuerdo solamente a Tomás de Llave y a Mauro Bajatierra, tampoco podía negarse su ejecutoria de militantes obreros y la ejemplaridad de sus conductas. Por lo demás, desde el primer momento, todos los acusados explicaron su gesto, exponiendo los crímenes cometidos en Cataluña, particularmente, pero en toda España, en general, que Dato consintiera, cuando estaba en sus manos impedirlos, destituyendo a Martínez Anido y a Arlegui, en Barcelona, y a los otros sicarios del capitalismo, Regueral, en Viacaya, Maestre Laborde, conde Salvatierra, en Levante; cortando así la cadena de crímenes. En aquellos días, pese a las persecuciones, no se podía jugar con la CNT. Regueral y Maestre cayeron también bajo balas justicieras. Y será siempre para nosotros una vergüenza que Martín Anido y el general Arlegui hubiesen muerto en sus camas, aunque perseguidos por el miedo a ver surgir un justiciero.

Lo que no había hecho Dato lo hizo Sánchez Guerra, destituyendo a los dos «gruleiters» anticipados cuyo terror Dato, por debilidad o concomitancia, permitiera.

El proceso había despertado enorme expectación en todo el mundo. La prensa estuvo llena hablando de las sesiones del mismo y de las numerosas incidencias que en él se produjeron.

La familia de Pedro, atenta sólo al interés de su hijo, había elegido un abogado competente, pero que no quería de ninguna manera hacer del proceso una requisitoria contra el Gobierno, justificando el atentado en los crímenes del terror negro. Pero a desbaratar sus esfuerzos por explotar el aspecto sentimental del proceso —la simpatía que había despertado Mateu, su juventud, la personalidad de la familia: padres humildes, una hermana bonita y abnegada, unos hermanos entrañablemente unidos a la existencia del acusado—. Mateu, por el contrario, en pugna con su abogado, respondió con entereza, reivindicando su gesto y explicando las razones superiores del mismo, sin negar sus ideas ni su pertenencia a la CNT. Cuando el abogado pleiteaba excusas y remordimientos, Mateu interrumpía defendiendo la justicia del acto.

Nicolau se limitó a dejar hacer a los abogados, que la organización le había facilitado.

Mateu y Nicolau fueron condenados a muerte. Los otros acusados, a diversas penas de presidio.

Como Nicolau no podía ser ejecutado por las condiciones en que su extradición había sido concedida, y como era imposible de matar al uno y dejar con vida al otro, Mateu no fue tampoco ejecutado. El Gobierno, sin embargo, quería que firmase una petición de gracia, para justificarse ante la opinión reaccionaria y burguesa. Mateu no quiso firmarla. Su madre, desesperada, fue a arrojarse a los pies de la reina Victoria Eugenia, con lo que se cubrió el expediente, haciendo valer la «magnanimidad» de los reyes.

Mauro Bajatierra y Tomás de la Llave salieron antes de la proclamación de la II República. Mateu y Nicolau salieron después de ella, liberados por el pueblo.

Nicolau desapareció en el anonimato, retirándose seguramente de toda vida activa. Mateu siguió siendo el mismo, con diversos avatares en su vida, que ha terminado en el exilio, donde vivió todavía duros momentos.

Madrid se llenó, en aquellos días, del ruido y del furor de una lucha entablada entre la burguesía violenta y obstinada y un movimiento obrero que se defendía heroicamente.

El mismo año de la vista del proceso, y en el mes de septiembre, Primo de Rivera dio su golpe de Estado, inspirado por Alfonso XIII y las fuerzas clericales y reaccionarias. Del primer Gobierno formado por el marqués de Estella, fue ministro de la Gobernación, el general Martínez Anido, el asesino de Barcelona, escapado con vida, ignoro por qué milagro, a los múltiples atentados que contra él se organizaron.

Madrid olvidó el proceso, sus peripecias, para concentrarse, como el resto de la España de izquierdas, en la lucha clandestina contra la dictadura... A la que hemos llamado después de conocer la de Franco, la dictablanda.

Federica MONTSENT

Journal CNT - Febrero 1981